CAPÍTULO XXI.

Principios de la fundación de Burgos.—Trabajos de la Santa en el viaje á esta ciudad.—Niega el Arzobispo la licencia para la fundación.—Cuánto hubieron de padecer por este motivo las pobres Carmelitas.—Fructuosa visita que nuestra Madre hizo á los monasterios de religiosas—Inundación del 24 de Mayo.—Trata la Santa de su partida.

TOCAMOS ya con la fundación de Burgos, la última que la Santa llevó á cabo, y una de las que más trabajos le costaron; que tales eran las piedras preciosas que el Señor quería engastar en la corona inmortal preparada para su amada Sierva en la gloria.

Moraba en la ciudad de Burgos una señora viuda muy piadosa, natural de Vizcaya, la cual como tuviese noticia de los monasterios que la Santa fundaba, escribióle diciendo la determinación que tenía de costear con parte de su hacienda un convento de monjas Car-

melitas. Tuvo esto lugar en 1577, cuando nuestra Madre se encontraba en Toledo, y los negocios de los Descalzos andaban tan revueltos como queda dicho, por lo que nada se pudo concertar por entonces. Venida la paz deseada, Doña Catalina, que así se llamaba la tal señora, firme en sus buenos propósitos, volvió á instar á la Santa, la cual estando en Valladolid puso por intercesor al Ilmo. D. Álvaro para que hablase con D. Cristóbal Vela, Arzobispo de Burgos, acerca de la licencia. Éste, lejos de negarla, dijo que la daría de muy buena gana, por tener entendido cuán del servicio de Dios eran los monasterios de la Madre Teresa.

Entonces fué cuando la Santa, por efecto de la enfermedad general del catarro, y el Señor que deseaba hacerla ver lo poco que de suyo podía, sintióse con aquella desgana y decaimiento de ánimo para las fundaciones de Burgos y de Palencia. Reanimada por la palabra del Señor, quedó determinada á hacerlas. Acabada la de Palencia, pareció oportuno aprovechar la buena proporción que se ofrecía para la de Soria. De aquí hubo de ir á Ávila por las razones antes dichas, y como el invierno comenzaba, pensó la Santa que la de Burgos se quedaría por entonces. El Arzobispo, aunque estaba en conceder la licencia, dió á entender que gustaría se obtuviese primero el consentimiento de la ciudad. Encargóse de ello Doña Catalina, y negoció con tan buen éxito, que al poco tiempo presentó por escrito al Excmo. Don Cristóbal el consentimiento que deseaba.

Era el día de S. Martín, y estando nuestra Madre encomendando al Señor dicha fundación de Burgos, pensó que si todo se allanaba, pudiera muy bien hacerse, yendo allá la Priora de Palencia, ya que ella, por las nieves y recios fríos, no podía ponerse en camino. Determinada á quedarse, díjole su Majestad las siguien-

tes palabras; *No hagas caso de esos fríos, que Yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.* Con esto mudó de parecer, y aunque el natural repugnaba, resolvióse á llevarla adelante hasta morir, si necesario fuese, en la demanda. Pocos días después, trajéronle la licencia de la ciudad con cartas de Doña Catalina, la cual metía mucha prisa para que se hiciese luego la fundación, por miedo de que ocurriera algún cambio desfavorable. Nuestra Madre, que no quería malograr por su parte tan buena obra, escribió el P. Gracián lo que el Señor le había dado á entender, de que fuese en persona á Burgos. El P. Provincial, acatando los designios de Dios, no se lo estorbó, pero quiso saber antes si el Arzobispo tenía dada la licencia por escrito. Contestó la Santa que con él se había tratado, y que alcanzando el consentimiento de la ciudad, en todo quedaba conforme. No se aquietó con esto el discreto Prelado, y como le viese la Santa con temores le dijo: *Ahora, mi padre, las cosas de Dios no han menester tanta prudencia, ni se hacen cosas graves de su servicio, buscando todas las comodidades; aquella fundación ha de ser de gran servicio de Dios, y si más se dilata no se hará. Aventuremos y calle, que mientras más padeciéremos, mejor será. Y sepa que el demonio pone gran fuerza para que no se trate de ella. Esto no obstante, mire V. R. lo que manda, que eso será lo mas acertado.*

El P. Gracián, aunque no las tenía todas consigo respecto á la licencia del Arzobispo, cerró los ojos á las razones humanas, y lejos de contradecir, él mismo quiso acompañar á la Santa en el viaje. Á principios del 1582 en medio de la crudeza del invierno, y cuando las lluvias y las nieves tenían los caminos en tan mal esta-

do, que con dificultad se podía por ellos transitar, salieron intrépidos de Ávila. Llegados á Medina, como encontrase nuestra Madre á la Priora postrada en cama, con fuerte calentura, y con síntomas de pulmonía, pasándole la mano por el rostro dijo: *Jesús, hija, ¿estando yo aquí está ella mala? ande, levántese, y venga conmigo á cenar.* La enferma obedeció, y levantándose confiada, quedó al punto sana, y pudo desde aquel momento acompañar á la Santa hasta que se despidió para Valladolid. Aquí hubo de hacer cama por cuatro días, porque sobre un catarro fuerte, tuvo un ataque de perlesía. Algún tanto aliviada, partióse para Palencia, desde donde escribió á Catalina de Tolosa, dándole cuenta de su expedición, y suplicando no la culpara por su tardanza en llegar, debida á la falta de salud y malos caminos. Temiendo la Santa no poder seguir adelante, volvióse afligida al Señor, y su Majestad la animó diciendo: *que bien podían ir, y que no temiese, pues Él sería con ellos.*

Confiada en la palabra de Dios, dió orden para que se dispusieran los carros que habían de conducir á las monjas, y sin reparar en peligros, púsose luego en camino. Como tras de la mucha nieve, vinieron las aguas, á cada paso tropezaban con grandes atolladeros de donde á duras penas podían salir los carros; y más de una vez viéronse las religiosas obligadas á apearse, á fin de que aquellos pudieran arrancar. Al subir por una cuesta estuvo á punto de volcar uno de los vehículos, y sin duda que se hubiera precipitado en el río, si el que le guiaba no se hubiera asido de una rueda, consiguiendo detenerle en la pendiente, cosa que todos tuvieron por milagro; pues no veían cómo un hombre solo pudiera haberle sostenido, dada la inclinación que ya tenía. La Santa que advirtió el peligro en que se habían visto sus monjas de morir ahogadas, sin-

tiólo en el alma, y para lo sucesivo determinó romper ella la primera por los pasos que ofrecieran alguna dificultad. Al cabo de larga y penosa jornada, llegaron á un mesón tan pobre y desacomodado, que ni siquiera encontraron cama donde la anciana Madre, que venía con calentura y mal de garganta, pudiera tomar algún alivio. Dudaban cuál les estaría mejor, si aguardar en aquella miserable posada, ó continuar el viaje, en la inteligencia de que si hasta entonces habían traído malos caminos, siguiendo adelante, los encontrarían peores. Decidiéronse por esto último, y al llegar á los pontones, cerca de Burgos, corrieron riesgo de perecer. Eran estos pontones un paraje estrecho y mal acondicionado por donde pasaba el río, el cual con las nieves derretidas había crecido de suerte, que cubiertos aquellos de agua turbia con más de media vara, ni aun se dejaban ver. Tan malo lo vieron las monjas, que antes de determinarse á entrar por ellos confesáronse todas; y animándolas la Santa les decía: *Ea, mis hijas, ¿qué más quieren ellas que si fuese menester ser aquí mártires por amor de nuestro Señor? déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen.* Y diciendo y haciendo, rompió intrépida por aquel mundo de agua, y allá en su interior oyó que su Majestad le hablaba: *No temas, hija mía, que aquí voy.* Tras ella siguieron las demás, y, favorecidas visiblemente por la mano poderosa del Señor, llegaron por fin á Burgos al anochecer del 26 de Enero.

En tanto que cerraba la noche, pues no quería la Santa que su llegada fuese advertida de los de la ciudad, fuéronse á visitar el milagroso Santo Cristo, que entonces se veneraba en el convento de Agustinos, y hoy se le dá culto en la célebre catedral, y después de darle gracias por haberles librado de tantos peligros, encomendáronle el negocio de la fundación. De allí se

dirigieron á casa de Doña Catalina, que las esperaba por momentos. Como viniesen mojadas del camino, y se pusieran á secar los hábitos á la lumbre, hizo esto tanto daño á nuestra Madre, que le produjo vahídos de cabeza, fuertes vómitos, y el mal de garganta, aun no curado, se agravó de manera, que se le hicieron llagas.

Á otro día de mañana fué el P. Gracián á pedir la bendición al Arzobispo, confiadísimo en que no habría más que hacer. Jamás hubiera podido sospechar la terrible contradicción que les aguardaba de parte del Excmo. D. Cristóbal. Hallóle tan alterado y enojado de que la Santa hubiera ido á la fundación sin su licencia *in scriptis*, que ni aprovechaba hablarle del consentimiento que tenía dado de palabra, ni le movía la amistad del Obispo de Palencia, por cuyo consejo se había puesto aquella en camino, pensando no serían menester más formalidades. Despidió por fin al P. Provincial diciendo, que mientras no tuviesen renta y casa propia, no daría la licencia, y que bien se podían tornar las religiosas á los conventos de donde habían salido.

Ponialas aun en mayor aprieto el Arzobispo, exigiéndola que, la renta para el monasterio, había de ser aparte de los dotes que llevasen las monjas. Y tan extremado estuvo con las pobres Carmelitas, que ni siquiera las permitió oyeran misa en la casa donde estaban, no obstante haber en ella una pieza muy decente para el caso, como que había servido de iglesia á los PP. Jesuitas por espacio de más de diez años. Pero no hubo remedio; la Santa y sus hijas viéronse precisadas á salir á las calles, según estaban de enlodadas, para ver de oir misa, lo cual procuraban hacer bien de madrugada con el fin de no llamar la atención de las gentes. Las cosas no se podían poner en peor estado, y el negocio de la fundación parecía imposible de realizar. La Santa, sin embargo, lejos de des-

animarse al verse rodeada de obstáculos, al parecer insuperables, estaba llena de confianza, y cierta de que al fin el demonio quedaría vencido, y deshechos los enredos que ponía.

En esta inteligencia escribió á la priora de Sevilla diciendo: «Doce días ha que llegué, y no se ha hecho cosa de la fundación, porque hay algunas contradicciones. Un poco va al modo de lo que por ahí pasó. Yo voy viendo lo mucho que ha de servirse Dios en este monasterio, y todo lo que ahora se ofrece será por mejor» (1).

Restablecida la Santa de sus dolencias, quiso ir á hablar al Arzobispo por ver si conseguía ablandarle. Lo único que á fuerza de ruegos y razones pudo alcanzar fué que, habida la renta para el monasterio, pudieran fundar donde al presente estaban, hasta que se comprase casa, debiendo antes presentar fiadores. Estos luego se encontraron entre los amigos del canónigo Salinas, y Doña Catalina por su parte ofreció la renta requerida. Concertados los fiadores, dióse aviso al Arzobispo, quien remitió el negocio al Provisor con encargo de que le despachase pronto. Cuando la cosa se iba poniendo en tan buenos términos, he aquí que el demonio vino de nuevo á trastornarlo todo. Recibió la Santa una memoria del Provisor en que le decía que no esperasen la licencia hasta tener casa propia; y que ya no era voluntad del Excmo. D. Cristóbal fundasen en donde estaban, porque era húmeda la casa, y había mucho ruido en aquella calle, con otras cortapisas acerca de la seguridad de la hacienda, que desbarataban lo concertado.

Hasta entonces el P. Gracián había tenido la suficiente virtud para llevar en paciencia las contradicciones y repulsas del Excmo. Vela; mas en oyendo la

(1) Car. CCCLXXVI.

inesperada salida del Provisor, no lo pudo sufrir, é incomodóse de suerte, que deseara volverse con las monjas á sus monasterios, por quitarlas de tantos trabajos. Grande fué la aflicción de la Santa al ver trastornados sus proyectos y desairado el Provincial, el cual á la vista de tan inesperados sucesos se inclinaba á tomar seria determinación. Esto último es lo que sentía, y pesábale harto de que hubiese ido con ellas; porque cierta estaba de que la fundación se había de hacer á despecho del infierno, que tanto ponía en estorbarla. Para más asegurarla, díjola el Señor: *Ahora, Teresa, ten fuerte.* Desde entonces deseaba á todo trance nuestra Madre alejar de allí al Provincial, y persuadióle á que fuese á predicar la Cuaresma á Valladolid. El prudente prelado no tenía corazón para dejarlas como estaban, y por mediación de algunos amigos pudo alcanzar, no sin gran dificultad, que les dieran en el hospital de la Concepción unas reducidas piezas en lo más alto del edificio y á teja vana, pero con la circunstancia consoladora de tener cerca el Santísimo Sacramento, y no necesitar salir á la calle para oir misa todos los días.

Cerca de un mes estuvo la Santa con sus hijas en el dicho hospital de la Concepción, en el cual tiempo no permaneció ociosa, porque el grande amor de Dios que ardía en su pecho, la hacía salir de sí, y buscar obras en que poderle servir. Cuánto, y con que buen éxito ejercitó su celo en procurar el bien de las almas, colígese de la siguiente declaración que para las informaciones de Calahorra hizo el Dr. Manso, Obispo de dicha ciudad. «Sé, dice, que en los dos meses que estuvo la Madre Teresa en Burgos, antes de tener convento, en el hospital y en casa de Catalina de Tolosa, aguardando la dicha licencia, hizo la dicha Madre Teresa de Jesús gran provecho espiritual en todos los